

Javier Pérez-Jara y Lino Camprubí, *Science and Apocalypse in Bertrand Russell. A Cultural Sociology*. Londres: Lexington Books, 2022, pp. 1-245.

Vicente Ordóñez Roig
UNED (España)

El ensayo ofrece un análisis desde la perspectiva de la sociología cultural, la historia de la ciencia y la filosofía de algunos aspectos centrales del pensamiento de Bertrand Russell, si bien los cinco capítulos en los que se articula el ensayo pivotan sobre la oposición binaria entre, de un lado, utopía y apocalipsis y, de otro, el impacto que el aparato científico-tecnológico ha tenido en la vida del sapiens (p. 6). Y es que uno de los objetivos que los autores del ensayo persiguen en este libro consiste en calibrar con exactitud las diferentes valoraciones que Russell hace de la ciencia. Para ello estudian no solamente sus ensayos más penetrantes y sus escritos autobiográficos: artículos, panfletos, entrevistas de radio o cartas de este escritor compulsivo –según explica Ray Monk en el primer volumen de su biografía, los *Russell Archives* custodian alrededor de 40.000 cartas escritas por Russell (Monk 1996, xvii)– son examinados a la luz de esta dicotomía que, a pesar de los contrastes (o quizá gracias a ellos), liga “ciencia” y “apocalipsis” en un mismo enunciado protocolario.

Parece fuera de toda duda que en el ámbito de las ideas Russell fue más “zorro” que “erizo”, por seguir con la clasificación que Isaiah Berlin tomó prestada de un verso perdido de Arquíloco para categorizar a literatos y pensadores a partir de Lev Tolstói (2016). Y no sólo fue zorro por sus muchos intereses y temas de investigación, sino y sobre todo por sus puntos de vista cambiantes, sus adhesiones a lo largo del tiempo, sus inconsistencias o vaivenes filosóficos, políticos y personales. Como certeramente recogen Pérez-Jara y Camprubí, Russell se refería a estos cambios de guion como “epifanías” o “conversiones” (p. 29). Pensemos que, sólo en términos matemáticos, Russell

a) primeramente, defendió un punto de vista kantiano según el cual la geometría euclídea proporcionaba la forma a priori de la percepción humana;

b) tras el desarrollo de las geometrías no-euclidianas por parte, fundamentalmente, de David Hilbert y la Escuela de Gotinga, adoptó, segundamente, una concepción neo-hegeliana inspirada en el idealismo filosófico de J. M. E. McTaggart y F. H. Bradley que desembocó en su

primera gran obra epistemológica: *An Essay on the Foundations of Geometry*, publicada en 1897;

c) después, abandonó el idealismo de corte hegeliano según el cual las matemáticas no serían sino un momento o lado dialéctico del desenvolvimiento del espíritu absoluto, para desarrollar una concepción de la lógica como ciencia universal que estudia lo que permanece constante en ciertas clases de proposiciones;

d) más tarde, influido por Cantor, Peano y Frege, esbozó, junto a Alfred North Whitehead, su teoría de tipos con la que pretendía superar la teoría de conjuntos de Frege y la conocida como paradoja de Russell, y que dio pie a una de las obras más decisivas sobre los fundamentos de las matemáticas: los tres volúmenes que componen los *Principia Mathematica* publicados entre 1910 y 1912;

e) tras la crítica de Wittgenstein a su teoría de tipos, crítica que no denunciaba su contradicción performativa sino, al contrario, su carácter superfluo en virtud de que las verdades lógicas son básicamente tautologías, Russell se corrige en la segunda edición de la obra (1927) y defiende que las funciones de las proposiciones son siempre funciones de verdad por cuanto una función sólo puede aparecer en una proposición a través de sus valores; etcétera.

La personalidad de Russell, camaleónica y contradictoria, actúa en todo caso como un poderoso imán que atrae hacia sí a quien cae en su campo magnético. De especial interés, dado el objetivo del ensayo, resultan los capítulos 2, 4 y 5 dedicados a la interpretación simbólica de Russell de la Primera Guerra Mundial y su abierto pacifismo, el cambio de rumbo de sus ideas al respecto tras su regreso de los Estados Unidos en 1944 o sus intervenciones en el Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra.

La Gran Guerra fue, probablemente, el gozne sobre el que el pensamiento de Russell dio su giro decisivo desde un intelectualismo academicista hacia una nueva dimensión de la vida y la realización del ser humano: la serie de conferencias que cristalizaron en el ensayo *Principles of Social Reconstruction* (1916), en las que, entre otras, asegura que los impulsos son más decisivos que la conciencia a la hora de moldear la acción humana, dan fe de ello. Sea de esto lo que sea, los horrores de la guerra “habrían frenado el entusiasmo de Russell por la ciencia y la tecnología como portadoras del progreso y la felicidad” (p. 65). Efectivamente, durante la I Guerra Mundial Russell contempla la simbiosis entre ciencia y tecnología armamentística como una fuerza irracional y maligna: si antes de la guerra la ciencia era para él el principal motor del progreso humano, durante la misma la concibe como la gran amenaza para la

moral y el progreso social. Aquí empieza el pacifismo de Russell y su rechazo a la guerra.

En todo caso, el *apocalyptic flip* en Russell no tuvo lugar hasta que regresó, después de los primeros años de la década de los 20, de su viaje por la Unión Soviética y China¹, y en el que pudo apreciar las posibilidades reales de que el hombre se autoexterminara gracias a la instrumentalización de la ciencia por parte de la tecnología y la industria armamentística. Hay que matizar, por tanto, que el punto de vista apocalíptico que sobre la esfera tecno-científica adoptará Russell será una formulación a posteriori, es decir, toda vez que la I Guerra Mundial ha concluido (p. 85).

Fue, no obstante, la vivencia de Russell de la II Guerra Mundial y la Guerra Fría lo que provocó sus mayores vaivenes en términos político-sociales, especialmente en lo tocante a la supremacía militar de los Estados Unidos y su papel hegemónico en la política internacional. Ya en 1945 escribe un artículo titulado “The Bomb and Civilization” en el que proclama que “América [sic.] debe declarar la guerra a Rusia en los próximos dos años y establecer un imperio mundial por medio de la bomba atómica” (p. 119). ¿Russell pacifista? Ciertamente su defensa de la utilización de armamento atómico debió confundir a sus lectores de estos años, si bien gran parte de la opinión pública occidental estaba más ocupada en celebrar la victoria contra el nazismo, el fascismo y el imperialismo japonés que en vislumbrar los efectos devastadores de las bombas de uranio y plutonio. En ese artículo, sin embargo, Russell fue todavía más lejos: propuso sin ambages que los Estados Unidos debían liderar una nueva Liga de las Naciones para asegurar la paz mundial.

El giro imperialista de Russell no se entendería sin su anti-comunismo y sus antipatías frente a la Unión Soviética. De hecho, tras la II Guerra Mundial y su regreso a Cambridge –hay que recordar que Russell vivió entre 1938 y 1944 en distintas ciudades de los Estados Unidos, un período no exento de sobresaltos y polémicas para el pensador británico–, Russell fue contratado por el gobierno británico para impartir clases a las Fuerzas Armadas... ¡el mismo gobierno que en la I Gran Guerra prohibió que impartiera una serie de conferencias en virtud de la Ley de Defensa del Reino, que restringía sus movimientos para impedirle participar en actividades antibelicistas! Y no sólo eso pues, en 1949, Russell recibía la prestigiosa Orden del Mérito (p. 141), uno de los varios reconocimientos importantes que recibió al final de su vida, junto con su elección como miembro honorario de la Academia Británica en el mismo año y la concesión del Premio Nobel de Literatura en 1950.

¹ En China Russell estuvo a punto de fallecer en marzo de 1921 afectado por una neumonía. John Dewey cuidó de él en el Hospital Alemán de Pekín a pesar de las ácidas críticas que Russell había vertido sobre los Ensayos en lógica experimental de Dewey (del Castillo 2022, 482).

Y pese a todo, Russell, en otro cambio de guion sorprendente, pasó en poco tiempo de alentar a los Estados Unidos a que impusiera un nuevo orden mundial a presentarse como un antiamericano combativo. La bomba de hidrógeno fue el detonante de esta nueva transformación. En efecto, en noviembre de 1952, en plena Guerra de Corea, los Estados Unidos probaron con éxito un primer prototipo de armamento termonuclear: la bomba de hidrógeno. Ese mismo año Russell publicó un ensayo, *The Impact of Science in Society*, en el que subrayaba los aspectos más oscuros de la innovación científica (p. 146). Y es que, a su juicio, la ciencia requería de una cuidadosa e inteligente orientación hacia fines humanísticos para no caer en la irracionalidad. En línea con esto último publicó en 1955, junto a Einstein, Frédéric Joliot-Curie y Joseph Rotblat (el único físico nuclear que abandonó el proyecto Manhattan por motivos ético-políticos), un manifiesto que le puso, de nuevo, a la cabeza del movimiento pacifista internacional.

Comoquiera que sea, en 1957 Reino Unido ya disponía de bombas de hidrógeno y unos años antes, en 1953, la Unión Soviética había realizado sus primeras pruebas nucleares con éxito en Semipalátsk, la instalación nuclear más importante de la antigua URSS. Lejos de desalentarlo, Russell presidió en 1958 la Campaña para el Desarme Nuclear (CND), la organización creada en el Reino Unido para el desarme nuclear internacional (p. 150). Y todavía un Russell nonagenario reunió fuerzas para constituir, junto con Ralph Schoenman, la Bertrand Russell Peace Foundation, una fundación concebida para continuar la labor de Russell en favor de la paz, los derechos humanos o la justicia social, y que denunció tempranamente la intervención norteamericana en Vietnam. A propósito de la Guerra de Vietnam, Russell diseñó un plan para la creación de un Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra en el que un comité de investigación, siguiendo los principios de Núremberg, debía investigar posibles crímenes de guerra cometidos por los EEUU en Vietnam (p. 172). Llama la atención que el Tribunal, reunido en dos sesiones en 1967 en las ciudades de Roskilde y Estocolmo y que contaba entre sus filas con Sartre y Simone de Beauvoir, anunciara un veredicto de *genocidio* contra los Estados Unidos —veredicto, por otra parte, que no tuvo ningún recorrido legislativo: si acaso moral, pues sirvió para diseminar la idea de que la tecnología militar y la política de los Estados Unidos se habían convertido en un instrumento maligno de opresión mundial (p. 180).

Bertrand Russell, ese Jano británico, el hombre de las mil caras o máscaras, fue uno de los intelectuales más singulares de los siglos XIX y XX. Su análisis como figura pública desde la perspectiva de la sociología cultural sin descuidar la atenta mirada filosófica es, probablemente, la principal novedad que aporta el ensayo de Pérez-Jara y Camprubí. Principalmente porque, en la interacción entre cultura y sociedad, es posible calibrar cómo influyeron los fenómenos

culturales en las relaciones, comportamientos o vaivenes epistemológicos, éticos, ontológicos o políticos de Russell. Es así que puede cuestionarse el rol de Russell como vidente, matizar su pacifismo—cuando no negarlo abiertamente, al menos durante largos períodos de su vida— o ensalzar su empeño por denunciar los peligros inherentes al armamento nuclear. Por otra parte, este último punto es, a mi juicio, el principal mérito del ensayo de marras: en un momento en el que la amenaza nuclear cobra nuevos bríos (Karagánov 2025), recuperar los escritos en los que Russell se posiciona contra la industria armamentística nuclear consciente de los riesgos apocalípticos que conlleva le convierte en un veedor, es decir: en alguien que, como antes hicieran Kierkegaard o Walter Benjamin, avisa del incendio. Si su decir fue un predecir y su ver un prever es algo sobre lo que, por ahora, hay que guardar silencio.

Bibliografía

Isaiah Berlin, *El erizo y el zorro*. Barcelona: Península, 2016.

Ramón del Castillo, “Travelling philosophers: Dewey and Russell in China”, *Bajo Palabra* 30, 2022, pp. 479-508.

Sergei Karagánov, “Una mala ruptura con Europa”. En <https://rafaelpoch.com/2025/09/04/una-mala-ruptura-con-europa/>. Última consulta: 18 de septiembre de 2025.

Ray Monk, *Bertrand Russell: The Spirit of Solitude, 1872-1921*. Nueva York: Free Press, 1996.

